

EL DEFENSOR DEL OBRERO

PALABRAS DE
UN SOCIALISTA

Fuerza y violencia

La revista italiana «Cristina Socia» publica un artículo de Turatti, jefe de la tendencia maximalista unitaria del socialismo italiano, del que copiamos las siguientes palabras:

«Digo que entre violencia y fuerza hay una distinción profunda, más aún, una verdadera oposición. La primera es, generalmente, la característica de los débiles. Como escribe Claudio Treves, también para el socialismo «los días de derrota serán días de violencia, los días de victoria serán días de fuerza». Invertid la frase y continúa siendo verdadera.

El culto de la violencia distrae el espíritu de aquellas obras que son de conquista segura: alarma y previene contra el movimiento amplias zonas sociales, que no tienen otra razón para combatirlo; con el pretexto de animar el espíritu, lo tiene en una tensión estéril, que o le lleva a una rebelión ruinoso o lentamente agota el espíritu revolucionario de que quiere ser un indicio.

Una clase no puede conquistar, y menos aún mantener más de lo que las condiciones sociales objetivas y su capacidad le consientan. Lo que un golpe de mano obtiene hoy mañana se habría obtenido con mayor seguridad. Esperar trabajando no es nunca tiempo perdido. La dictadura del proletariado, si las circunstancias no la imponen, como quizá ha ocurrido en Rusia, no me parece hoy necesaria ni deseable. En el régimen del sufragio universal me parece que encontramos el dilema siguiente: o el proletariado, que es la inmensa mayoría de la nación, tiene conciencia y fuerza política bastante para imponer su Gobierno y entonces la dictadura no es necesaria, o no tiene esta fuerza y esta conciencia y entonces la dictadura no lo salva.»

SONETO

Al viento se encomienda, al mar se
conjura un áspid, ablandar procura
(entrega
con tiernos ruegos una peña dura
o las rocas del mar donde navega;

Pide seguridad a la fe griega,
consejo al loco y al enfermo cura,
verdad al juego, sol en noche oscura
y fruta al Polo donde el sol no llega.

Que juzgue de colores pide al ciego,
desnudo y sólo al saltador se atreve,
licor precioso de las piedras saca;

Fuego busca en el mar, agua en el
(juego,
en Libia flor, en Etiopia nieve,
quien pone su esperanza en mujer flaca.

LÓPEZ DE VEGA

Estudios Sociales

LAS MODAS Y LAS NIÑAS

Desde la Pastoral colectiva de los Obispos de la provincia tarraconense y pasando por el áureo documento del eminentísimo Cardinal-Arzbispo de Toledo, por los escritos de los Excelentísimos señores Obispos de Barcelona y de Almería no ha habido ningún periódico, revista católica, ni escritor de primera línea que no haya puesto el grito en el cielo contra la «desnudez» de tantas señoras y señoritas. Pero todo en vano; cuanto más fuerte dique se ha querido oponer a a moda escandalosa o perversa tanto más ha crecido la obra del impudor arrastrando en su vertiginosa corriente lo mismo a la linajuda dama que a la más humilde sirvienta, a la mujer adornada de la aureola de la maternidad que a la tierna niña que aún conserva inmarcescible la flor de la inocencia.

Lo que hoy intentamos es poner a los ojos de las madres el mal enorme que cometen al vestir a sus hijas con indumentaria que no se diferencian de un traje de baño más que por prolongar algunos sus mangas con un pedacito de gasa transparente.

Lo que hoy intentamos es decir a las madres cristianas que aunque quisieran perder a sus hijas, acostumbrarlas al impudor y prepararlas para mujeres libertinas no procedieran de otro modo. Y entonces ¡horror! no bastaría con gritar ¡no hay madres! Habría que llorar y desesperarse al poder decir: las madres se han convertido en corruptoras de sus propias hijitas. ¡Los monstruos! Y valdría mil veces más que no existieran ..

No queremos, no podemos, sin embargo atribuir este proceder sino a una gran inconsciencia; pero no olviden las madres las palabras del insigne purpurado de Toledo:

«¿Quién tendrá palabras de dolor y de energía bastante para condenar a rapidez con que la relajación se dilata a todas las clases sociales, a la juventud de uno y otro sexo arrancando al brotar en las niñas las flores del pudor y de la modestia, despertando en los adolescentes prematuras pasiones, excitando en las muchedumbres ignaras emulaciones torpes, instintos que se manifiestan sin disfraz y a gritos como aullidos de fieras salvajes...»

Si Cristo dijo que al que fuera piedra de escándalo para su hermano más le valiera que le ataran una rueda de molino al cuello y en esta situación fuera arrojado al mar; considerad madres cristianas qué falta más grave contraís al permitir, ¿qué digo, permitir?, al obligar a vuestras tiernas hijas a llevar trajes indecorosos que hacen enrojecer las mejillas al verdadero creyente; considerad padres honrados, cuantos daños y males no han de acarrear sobre vuestras mismas hijas el día de mañana estas exhibiciones a que las acostumbráis ya de pequeñas y como si llega el día en que os veamos tristes y congijosos al ver que sucumbió la honradez de estos pedazos de vuestro corazón, considerad que con razón ellas encarándose hacia vosotros podrán con toda verdad contestaros: «Vosotros fuisteis la causa remota de nuestra desgracia, porque de las premisas que en nuestra tierna edad pusisteis al permitirnos y obligarnos a seguir la infernal moda tenía que salir lógica y necesariamente la consecuencia que ahora estáis palpando.»

MONTSEBRAT PRAT

Un duro sevillano

Y de los peores fue aquel que apareció un día entre el montón de los que iba apilando cuidadosamente.

¿Quién lo había traído? ¿De dónde procedía? Era todo ello un misterio que nadie acertaba a descifrar, y sin embargo, estaba allí!

Abismado en estas reflexiones el dueño del ya casi famoso duródaba vueltas a sus pensamientos por ver si averiguaba la procedencia, cuando le anunció el criado la visita de las Monjas del Asilo del que era socio protector, con cinco pesetas al año!

Tuvo de repente una, al parecer, luminosa idea: cogió el duro y lo mandó entregar a las postulantes, que se despidieron con un cristiano «¡Dios se lo pague!»

Per la noche tuvo una pesadilla horrible. Había muerto; estaba en la antesala de la gloria, esperando el juicio definitivo, en donde todas las buenas acciones que había hecho a las almas en esta vida tenían por prescripción del Señor, y para abreviar (también en el cielo se quiere aprovechar el tiempo), que cambiarse en una taquilla establecida en el Paraíso, por monedas contantes y sonantes, con lo cual se aquilataban más pronto los méritos de cada uno.

Eran de ver los regateos que tenía que sufrir el bueno de San Pedro, por las pretensiones exageradas a veces de las almas. Entregaban estas largas memoriales de sus buenas obras, y el Santo los repasaba minuciosamente, anotando en cada una de ellas el valor que le adjudicaba.

—Oiga, Padre San Pedro—decía una beata metiendo toda su arrugada y larga nariz por el ventanillo;—fíjese bien en la lista que traigo: tres Mías diarias, Comunión cotidiana, asistencia a todas las funciones religiosas, sermones, sabbatnas, misiones, etc. Fíjese bien en todo, no se vaya a descontar en mis méritos.

—Dirz pesetas—dijo San Pedro;—no vale más; tiene aquí dos mil trescientos veinte sermones, en que usted sólo ha dado cabezadas. Quinientas Mías hay que descontar, por haberlas oído faltando a sus obligaciones de casa, y muchísimas cosas que ha hecho usted en esta vida, sólo por su vanidad y no en obsequio a Dios. A otro.

Y tocó el turno a nuestro hom-